



BOLETÍN
LETRAHERIDOS
Abril 2019

 Organizador: **Juan Pablo Fuentes**

Cuchitril literario

www.liblit.com

 Maquetador: **Sergio Bonavida Ponce**

Publicatú

www.facebook.com/plataformapublicatu

 Ilustración portada: **Rita Muñoz**

Instagram

[@ritixart](https://www.instagram.com/ritixart)

 Especiales gracias a **Calàbria 66.**

Espacio vecinal para actividades culturales.

<http://www.calabria66.net/>

El boletín letraheridos es una publicación sin ánimo lucro. La lectura de esta publicación es responsabilidad exclusiva de cada usuario. Los creadores del boletín no se hacen responsables sobre los textos enviados. Cada autor asegura que los textos enviados son de su autoría y expresan únicamente sus fantasías y opiniones. La lista de libros recomendados, conjuntamente con el nombre de sus respectivos autores, puede contener errores.

© Boletín letraheridos 2018

PRÓLOGO

Empezamos a organizar los encuentros de letraheridos con varias ideas en mente.

Una, poder hablar de libros y literatura alejados del esquema clásico del club de lectura, que obliga muchas veces a leer libros que no nos gustan. Al escuchar varias recomendaciones uno puede elegir aquella que le llame más la atención, tener un abanico más amplio en el que escoger y charlar sobre autores que se hayan leído en común.

La **segunda** era crear la obligación de escribir un relato para cada encuentro. La única manera de mejorar en algo es practicándolo y con frecuencia tenemos las ideas pero no la motivación para sentarnos a escribirlas. En el transcurso de los dos años que llevamos en marcha se han leído muchos cuentos y doy fe de que cada vez son mejores.

Una **tercera** motivación era propiciar un encuentro entre personas a las que les gusta leer y otras a las que les gusta escribir, que suelen coincidir pero no siempre. Los escritores tenían un público,

los lectores cuentos en primicia y se rompen las barreras entre creador y receptor.

Debo confesar que, con el paso del tiempo, lo mejor de estas reuniones ha sido lo que no teníamos previsto desde el principio. La creación de un grupo de amigos con los que tener una agradable charla y que se han convertido, al menos en mi caso, en la principal razón para no faltar ni un sábado.

Gracias a todos los que hacéis posible letraheridos.

Juan Pablo Fuentes

HERINDÍCETRA

PRÓLOGO	3
LECTURAS.....	7
2 de Marzo de 2019.....	8
9 de Marzo de 2019.....	10
16 de Marzo de 2019.....	12
30 de Marzo de 2019.....	14
6 de Abril de 2019.....	17
27 de Abril de 2019	19
TEXTOS.....	21
Silvia Fortuny	22
El joyero	22
Cal Tort 1: El lletia.....	29
Cal Tort 2: En padrol	34
Cal Tort 3: la diva.....	39
Mireia Vancells	46
Una mala sort superlativa	46
Juan Pablo Fuentes	50
Suerte	50
Miriam Jareño Comellas	58
Un mal trago.....	58
El dolor más profundo	60
Juan Carlos	65
No remiendo esto con palabras, hablo de lo que realmente ocurrió.....	65
Sandra Ferrer Aranda	74

La comida	74
Suerte tonta.....	80
Raquel Goges.....	85
Madrid 2210 A.D.	85
Haikus II (Raquel).....	97
Montse González de Diego	100
El vuelo de las palomas Parte II (de dos) (continuación boletín Febrero 2019)	100
S. Bonavida Ponce.....	107
Federico, Mijaíl y un amigo común.....	107
Verónica Bolaños.....	114
Monólogo de una paloma gris	114
EVÉNTRIDOS	117
9-Marzo-2019	118
24-Marzo-2019.....	118
12-Abril-2019	119
19-Abril-2019	120
23-Abril-2019	121
ESTADÍSTICAS DE LAS LECTURAS	122
Autores por nacionalidad	123
Libros recomendados por década	124
Recomendaciones por sesión	125

LECTURAS

2 de Marzo de 2019

 Dani

«El rey mono»

Milo Manara

 Raquel C.

«La taberna de las luces (poesía sufí)»

Pablo Beneito

 Patricia

«Lisístrata»

Aristófanes

 Miriam

«La historia empieza en Sumer»

Samuel Noah Kramer

 Silvia

«Los justos»

Albert Camus

 Juan Carlos

«Manhattan Transfer»

John Dos Passos

 Rosa

«El extranjero»

Albert Camus

 Montse

«La leyenda del santo bebedor»

Josep Roth

 Sergio

«1984»

George Orwell

 Juan Pablo

«Philèmon»

Fred

 Rosa

«París no se acaba nunca»

Enrique Vila-Matas

9 de Marzo de 2019

 Juan Pablo

«Nuestro mundo muerto»

Liliana Colanzi

 Juan Pablo

«Madre mía»

Florencia del campo

 Silvia

«El amor en los tiempos del cólera»

Gabriel García Márquez

 Maite

«Crisalides»

Anna Enrich

 Maria

«Aloma»

Mercè Rodoreda

 Maria

«La plaça del diamant»

Mercè Rodoreda

 Rosa X.

«Concierto barroco»

Alejo Carpentier

 Rosa

«Un dulce olor a muerte»

Guillermo Arriaga

 Maite

«El hombre que amaba a los perros»

Leonardo Padura

 Silvia

«El sable del caudillo»

José Luis Vilallonga

 Silvia

«Les veus del Liceu»

Xulio Ricardo Trigo

 Patricia

«Cartas desla cárcel a Sophie
Liebknecht»

Rosa Luxemburgo

 Sergio

«Los detectives salvajes»

Roberto Bolaño

16 de Marzo de 2019

 Rosa

«La hija de la española»

Karina Sainz Borgo

 Miriam

«De parte de la princesa muerta»

Kenizé Mourad

 Juan Carlos

«La gran trilogía»

Gregor von Rezzori

 Sandra

«Invierno»

Elvira Valgañón

 Gemma

«Los tiempos del hielo»

Fred Vargas

 Patricia

«Medicina y terapia de la risa»

Ramón Mora Ripoll

 Mireia

«Males Decisions»

Susana Hernández

 Diana

«La sed»

Enrique Patiño

 Juan Pablo

«Poesía soy yo. Poetas
en español del siglo XX
(1886-1960)»

Raquel Lanseros

 Raquel

«El arte de la guerra»

Sun Tzu

 Jordi

«La utilidad de lo inútil: Manifiesto»

Nuccio Ordine

 Dani

«Cartas desel infierno»

Ramón Sampedro

30 de Marzo de 2019

 Maria

«Manual sobre mujeres la limpieza»

Lucía Berlín

 Dani

«Solenioide»

Mircea Cărtărescu

 Juan Pablo

«Justicia Auxiliar»

Ann Leikin

 Silvia

«Fuenteovejuna»

Lope Vega

 Manuel

«Los hermanos Kamarazov»

Fyodor Dostoyevsky

 Manuel

«El amor en los tiempos del cólera»

Gabriel García Márquez

 Raquel

«Una estrella fugaz»

Takarai Kikaku

- 📖 Juan Carlos
«La conciencia Zeno»
Italo Svevo
- 📖 Montse
«No se lo cuentes a nadie»
Varios autores
- 📖 Sergio
«Tres rosas amarillas»
Raymond Carver
- 📖 Sandra
«El eternauta»
Héctor Germán Oesterheld
- 📖 Matías
«Lemebel oral: 20 años entrevistas
1994-2014»
Gonzalo León
- 📖 Juan Pablo
«La tercera sala»
Montse González Diego
- 📖 Juan Carlos
«Trieste»
Daša Drndić
- 📖 Gemma

«Canción triste»

Leïla Slimani

 Maria

«Inhumanos»

Philippe Claudel

 Miriam

«El enigma Caravaggio»

Peter Robb

 Patricia

«Sentir el bosque»

Álex Gesse

 Rosa

«Que nadie duerma»

Juan José Millás

 Dani

«El libro de los libros»

Quint Buchholz

 Jose

«Manual para la vida feliz»

Epicteto Pierre Hadot

6 de Abril de 2019

 Silvia

«La casa de Bernarda Alba»

Federico García Lorca

 Silvia

«El teniente Gustl»

Arthur Schnitzler

 Laura

«Pigmeo»

Chuck Palahniuk

 Nuria

«El rapto del cisne»

Elizabeth Kostova

 Juan Carlos

«Ciudad de ladrones»

David Benioff

 Gemma

«El lugar»

Annie Ernaux

 Sandra

«Sonata a Kreutzer»

Leo Tolstoy

 Patricia

«Un antropólogo en Marte»

Oliver Sacks

 Rosa

«Que vienen los bárbaros»

J.M. Coetzee

27 de Abril de 2019

 Silvia

«Romanticismo: una odisea del espíritu alemán»

Rüdiger Safranski

 Jose

«Rojo y negro»

Stendhal

 Miriam

«Historia de la fealdad»

Umberto Eco

 Juan Carlos

«El inspector»

Nikolai Gogol

 Raquel C.

«Sobre la historia natural de la destrucción»

W.G. Sebald

 Verónica

«Aquí solo regalan perejil»

Luis Luna Maldonado

 Sergio

«Chesil Beach»

Ian McEwan

 Sandra

«El árbol de la ciencia»

Pio Baroja

 Jordi

«Oleanna»

David Mamet

 Dani

«Diccionario de literatura para esnobs»

Fabrice Gignault

 Rosa

«Ordessa»

Manuel Vilas

 Silvia

«L'art portar gavardina»

Sergi Pàmies

TEXTOS

Silvia Fortuny

El joyero

Tres minutos. De tres minutos disponía Adela para observar al cliente y obtener las máximas impresiones sobre él, al cabo de tres minutos su jefe, el detective Carlos Quintana recibía al cliente en su despacho.

La especialidad del detective Carlos Quintana eran los adulterios de toda índole. Si en sus inicios tenía ambiciones éstas se habían diluido ante la urgencia de la cotidianidad y un matrimonio fallido con hijos a los que debía pasar una pensión, desproporcionada a su criterio.

Como ya intuyó Adela en esos tres minutos, el cliente que tenía delante no venía para espiar ningún adulterio. Su actitud era tranquila, no muy preocupado ni concentrado, como suelen estarlo quienes tienen sospechas sobre su pareja. Vestía de forma sencilla y pulcra. No, pensó Adela, éste viene por otro asunto.

Carlos Quintana, tras los tres minutos establecidos, atendió al cliente, el cual sin rodeos le formuló el motivo por el cual requería los servicios del detective.

El cliente se presentó. Alberto Mínguez García, mientras tendía la mano al investigador y sin más preámbulos añadió:

—Verá Mi madre murió hace un mes. De un infarto según el forense, quiero que encuentre quién estaba con Ella en ese momento.

—¿Piensa usted, preguntó Quintana, que esa persona la mató?

—No, murió a causa del infarto, pero había alguien con Ella. Faltaba un joyero o para ser más exactos: el joyero

—¿Es de mucho valor?

—No, en absoluto, es un joyero común, quizá algo antiguo ya, pero sin valor, sin ninguna característica especial. Cuadrado, de piel color vino y forrado con una tela amarilla, no tenía ningún otro distintivo.

Carlos Quintana hizo ademán de decir algo, pero el cliente le detuvo con un gesto.

—No, espere-espere. Si el joyero tuviera valor hubiera podido atribuir su falta al robo, pero justamente lo insignificante de ese objeto es lo me inquieta

—Quizá su madre lo tiró, se lo dio a alguien, se le rompió...

La mirada que Alberto Mínguez dirigió a Carlos Quintana ante esas posibilidades indicaba que lo que acababa de indicar el detective era una estupidez.

—No, en absoluto. Ese joyero no tenía valor material pero si afectivo, ese joyero lo heredó de mi abuela. Yo siempre vi el joyero en la cómoda de mi madre y además Ella seguía utilizándolo.

Carlos Quintana pensó que ese no era caso para él, con los adulterios no era necesario acercarse al investigado, bastaba unas fotografías comprometedoras hechas a distancia con el zoom, unos días de seguimiento y aquí terminaba todo. Pero un caso como ese le obligaría a husmear a hacer preguntas, entrar en la casa de la fallecida, en fin... que...

Esto pensaba Quintana cuando oyó al cliente añadir:

—Por los honorarios no debe preocuparse, puedo permitírmelo, incluso si necesita un anticipo, en este momento se lo puedo dar

Quintana recordó la pensión alimenticia, aceptó y ya que veía al cliente tan dispuesto no tuvo reparo en subir su tarifa.

Una vez Alberto Mínguez hubo informado a Quintana sobre familia, amistades, allegados que supieran de ese joyero, éste se puso en marcha.

Empezó por dar vueltas por el barrio, a entrar con cualquier pretexto en las tiendas donde la madre de su cliente solía comprar. Se plantó cinco días delante de la casa, reemplazándolo Adela cuando era necesario. Durante todo ese tiempo no hubo nada que le indujera a ninguna conclusión y tuvo que hacer aquello que le daba tanta pereza: husmear. Husmear entre los vecinos. — suerte que eran pocos — pensó. Con la vecina puerta por puerta de la fallecida poco se podía sacar, era más mayor que la muerta, sorda y estaba muy afectada por lo sucedido, ya que según le dijo, no sólo eran

vecinas, sino muy amigas. Dato ratificado por su cliente. El resto de vecinos no oyó nada.

Carlos Quintana estaba en un punto muerto.

Fue Adela quién señaló:

—Qué curioso, la difunta se llamaba Carmen García Solano y su vecina Sagrario García García

Carlos Quintana sabía que ese comentario no era al azar y significaba: “tira por ahí, inútil”, y sí, Quintana prosiguió la investigación por ahí.

.....

—Ah! ¡¡¡Es usted!!! Pase-pase. Un momento que me pongo el aparatito para poder oírle bien. Suerte de la luz que tengo en la salita y que me avisa de las visitas, esto de la sordera es una murga, joven.

—Sra. García García o, ¿como debo llamarla, García Solano?

Sagrario apenas se inmutó

—¿Lo ha descubierto? Sí, éramos hermanas de madre. Mi madre me tuvo de

soltera, ya sabe, otros tiempos. Después se casó con el padre de Carmen y yo me crié con una tía. El resto es demasiado largo para contárselo.

—¿Por qué el joyero? —inquirió Quintana.

—Era lo único que yo hubiera tenido de mi madre, nunca le pedí nada a Carmen, nos llevábamos bien, salvo en eso. Ese día, yo me puse muy obstinada, quería el joyero, casi le supliqué que me lo diera y Ella se negó. Con el acaloramiento le sobrevino el infarto, debe creérme ni siquiera la toqué, yo no quería ese final. Pero sí, me llevé el joyero.

Carlos Quintana se debatía entre la pensión alimenticia a sus hijos y la inutilidad de decirle la verdad a su cliente.

—Lo siento Sr. Mínguez, no he podido obtener ningún resultado. Hay que descartar a sus familiares y sus amistades, con la edad que tienen, no parece que estén interesados en llevarse un joyero sin valor. Y los vecinos no oyeron nada.

Y se jugó su carrera añadiendo:

—No obstante, si tiene dudas sobre mis indagaciones, puedo dirigirle a un colega más especializado que yo en estos casos.

—Quizá lo haga, pero han pasado bastantes días y mi mujer dice que no me obsesione, que quizá nunca llegue a saber quién estaba con mi madre. Si me da la minuta se lo pago en efectivo ahora mismo.

—No, no es necesario, el adelanto que me dió ha cubierto todos los gastos.

Alberto Mínguez se despidió y Carlos Quintana, se sentó delante de Adela y le espetó:

—Adulterios, Adela, sólo Adulterios.

Cal Tort 1: El Llentia

El Llentia estava en un bon embolic. Els Mossos en van anar a buscar a Cal Mingo, la serraria del poble, on el Mingo el tenia contractat des que el Llentia va haver de deixar els estudis per poder mantenir la mare. Poc després la mare va morir i ell va seguir treballant amb el Mingo, el qual va pensar que potser amb el temps el Llentia se'n faria càrrec del negoci. Però ara el Llentia s'havia fotut en un bon marrón.

Portava tres dies al calabós de la comissaria quan el Tinent Padrol el va cridar per interrogar-lo de nou.

—A veure Llentia — inicià el Tinent Padrol mentre obria la finestra i encenia una cigarreta — A veure si ho entens. Dins de Cal Tort, on hi vivia la Diva, hem trobat un munt d'empremtes teves, la Diva era morta i hi havia hagut un robatori. Que hi feies a Cal Tort?

—Collons Pere!! – exclamà el Llentia – jo només tafanejava, no en sé res de la mort de la Senyora

—Llentia, aquí no soc el Pere, ja t’ho vaig dir, aquí em dius Tinent, queda clar?

El Llentia assentí amb el cap. Però com dir la veritat sense delatar el Ricard de ca l’Esquirol. Els tres dies al calabós l’havien fet rumiar, primer no podia creure que el Ricard li hagués fet cap mala passada. Amb el petit de ca l’Esquirol es coneixien de ben menuts; cap dels dos havia marxat del poble,; eren amics, rumiava el Llentia. Provava d’encaixar el trencaclosques, no era possible que el Ricard en sabés res de tot allò, de ben segur que hi deu haver alguna cosa que ell no entenia.

—Respon — prosseguir el Tinent Padrol — o t’encauso per tràfic de morfina.

—Collons tinent!!! Que no en sé res de morfina, jo. Però sinó hi havia estat mai a casa de la Diva

—Doncs tu decideixes, Lluís, o em dius que feies a la casa i com és que tenies la clau o t'empapero

Pere Padrol era fill del poble, com el Llentia, com el Ricard, una mica més gran que ells dos, va entrar en el cos del Mossos i va rondar diversos destins fins que finalment va poder tornar a la comarca. Coneixia el Llentia fins i tot abans de néixer. El Tinent Padrol prou sabia que el Llentia no havia fet res, però havia de saber qui traficava amb morfina.

La cosa era seria — s'adonà el Llentia. Mai, des que va néixer, quan el cabrón del seu pare va dir que tenia orelles de llentia, ningú al poble el nomenava pel seu nom, solament la seva mare quan l'amanyagava li deia Lluïset. I ara, amb el Lluís en boca d'en Pere Padrol advertia que tot allò no era broma. En Pere Padrol, el Tinent Padrol, com li va assenyalar en l'interrogatori, mai l'havia cridat Lluís.

I en aquell instant no va tenir cap dubte que en Ricard, el petit de ca l'Esquirol, li havia emmerdat la vida i va cantar. En Ricard li va demanar el favor de portar un paquet a ca la Diva. Li va donar la clau tot advertint-lo que truqués i si ningú contestava obrís i deixés el paquet a l'entrada. Que ell, el Llentia li va demanar amb en Ricard que com es que tenia la clau, i el seu amic va fer una picada d'ull tot dient-li: "de vegades hi passo la nit". Que un cop dins la casa — continuà el Llentia — no va poder evitar de mirar-s'ho tot, de les coses tant boniques que tenia la Diva i que, com no hi havia ningú, no se n'hi va estar de tocar-ho tot, però que no va pujar el pis de dalt

—T'ho juro Pere...

—Tinent...

—T'ho juro Tinent, jo només vaig tocar totes aquelles andròmines però no em vaig endur res ni tant sols vaig veure la Diva! Ostia, Tinent m'has de creure!!.

El Tinent Padrol el va deixar marxar, advertint-lo que no sortís del poble.

Així que va ser al carrer, el Llentia va anar a trobar el Ricard, volia saber perquè l'havia fotut en aquell merder, però no el va trobar per enlloc. El Quimet del bar li va dir que feia dies que no el veia. Aleshores el va anar a trobar a casa seva, però va trobar la mare d'en Ricard molt disgustada: feia dies que no en sabia res del fill.

El Llentia va tornar a la serraria i li va dir amb el Mingo:

—Jo no he fet res Mingo

—Ho sé, de ben segur que en Pere Padrol ja sabrà què ha de fer i ara, Llentia, tenim feina enrederida

—Mingo.... Et fa res dir-me Lluís

En Mingo va somriure, va afirmar amb el cap, girar cua i tots dos reprengueren la feina.

Cal Tort 2: En padrol

El Tinent Padrol finalment havia aconseguit que la comarca l'anomenés així, Tinent Padrol, solament el darrer baluard, el seu poble, s'hi resistia i seguien nomenant-lo Pere.

Quan el caporal li va passar aquella trucada li va anunciar: "la seva tieta". El Tinent Padrol de tietes en tenia algunes, però de "tieta", solament una: la tieta Contxita i així que la va tenir en línia i sense temps de dir un amen, va escoltar la veu de la tieta Conxita:

—Pere, hauries de venir a Cal Tort, la Diva és morta

—Vols dir que l'han morta? – demanà el Tinent

—Ah! Fill això no ho sé, però morta si n'és, i també han robat

—Bé, ja venim. Has avisat els Caporals del poble?

—Els caporals del poble? Qui són?

—Collons tieta, el Tomàs i el Cinto

—Ah! Cony, noi, comença per aquí

En Pere Padrol un cop va penjar el telèfon, va cridar el Sargent

—Sargent hem d'anar a Cal Tort, a d'alt de la Vil.la, segons ens informa la Contxita Padrol, la senyora de la casa és morta. Truqui la científica que vingui una unitat amb un forense i avisi els caporals d'allà que s'hi acostin que nosaltres ja hi anem

Quan en Pere Padrol va arribar a Cal Tort, ja l'esperaven la tieta Conxita i el Caporals Tomàs i Cinto ja hi eren. Segons van informar, cap d'ells havia tocat res. El Tinent Padrol va anar directament a l'habitació de la morta, al pis de dalt, acompanyat del Sargent i de la tieta Contxita. Al entrar van trobar la Diva, asseguda dins el llit, amb força coixins a l'esquena i el cap cot damunt d'un àlbum de fotografies. El Tinent va deixar el Sargent que acabés d'inspeccionar, mentre el forense tenia cura de la Senyora de Cal Tort i la científica, feia fotografies de la dona i anava recollint mostres de tot el que podia

ser d'interès per a la investigació, mentre els Caporals s'estaven a la porta vigilant que no s'hi acostés ningú. Feina baldera perquè a Cal Tort feia temps que cap ànima s'hi acostava, segons va declarar la Contxita Padrol.

—Digui'm tot el que sàpiga, Sra. Padrol
— li va etzibar el nebot a la tieta

—Noi, que refilat que estàs, Sra. Padrol i tot – va inquirir la Tieta Contxita, mentre en Pere Padrol feia un sospir i es donava per vençut

—Bé... doncs, que hi feies aquí?

La Contxita Padrol era com una mena de majordona externa, s'ocupava de Cal Tort, de la Senyora, no, ella no feina les feines, solament s'ocupava que les noies que hi anaven ho deixen tot en condicions i una cuinera hi pujava dos cops per setmana hi deixava el menjar a la nevera, mentre ella, la Conxita Padrol, pujava cada dos dies, per veure que estigués en ordre, xerrava una estoneta amb la Senyora i encabat marxava. No, la Senyora no li pagava

directament, d'això se n'ocupava el seu administrador. I després d'explicar —ho tot el Tinent Padrol li demanà fes un balanç de les coses que la tieta Contxita trobava a faltar.

L'informe del forense assegurava que la Senyora de Cal Tort havia mort per un excés de morfina, que s'havia detectat que n'ingeria de feia molt de temps i que els seus braços i cuixes mostraven un reguitzell de petits orificis que denotaven la immersió d'agulles hipodèrmiques.

La científica va informar que la planta baixa de la casa es detectava la mateixa empremta digital en una quantitat considerable d'objectes. Que les empremtes corresponien a Lluís Muntada Garcia. En Pere Padrol en llegir aquell nom no se'n va poder estar i exclamà:

—Mecaguntot, el Llentia. Ostia Puta!!

Els tràmits van ser els habituals: ordre del jutge i detenció de Lluís Muntada Garcia,

és a dir el Llantia. El Llentia que està tant astorat que no sap que dir i es passa tres dies al calabós. Al tercer dia el Tinent Padrol el fa portar per interrogar—lo de nou:

—A veure si ho entens, Llentia. Dins de Cal Tort, on hi vivia la Diva, hem trobat un munt d'empremtes teves, la Diva era morta i hi havia hagut un robatori. Que hi feies a Cal Tort?

Cal Tort 3: la diva

Per Sant Jordi, Cal Tort s'anegava de flors, arribaven rams d'arreu del món, amics, col·legues i admiradors felicitaven la Giorgia Marsillach, la Diva o la Senyora, com l'anomenaven el poble. Ella, aleshores, enviava totes les targetes dels seus emissors al seu representant per tal que els donés una resposta d'agraïment.

Tot això ho recorda la Giorgia Marsillach mentre s'està asseguda al llit, remirant un cop més els àlbums de fotografies d'un passat que havia estat esplendorós. Giorgia Marsillach, l'Splendida, com l'anomenaven arreu des del moment del seu debut. Sí, Ella havia tingut una carrera com ningú recordava. Dos dècades essent la Diva de tots els millors teatres del món. Ella que havia cantat tots els repertoris i sempre amb aquella veu vellutada. I ara, com solia dir: "estic com Manon Lescaut, sola, perduda, abandonada", ja ningú la visitava, els amics, els col·legues i els crítics aduladors eren morts o havien envellit i no viatjaven o

la família els tenia en institucions, "gàbies d'or" asseverava la cantant.

Feia dos anys li havia demanat el seu representant, en Claudi Montagut i a qui el poble anomenava: l'administrador, que volia la morfina, - si ho havies deixat, Giorgia!! – replicà en Claudi Montagut. Però Ella va insistir, no podia suportar l'oblit, la solitud.

—Em tornaré boja, Claudi.

i aleshores, adoptava aquella actitud altiva i afegia:

—No saps com n'és de dolorós recordar els aplaudiments. No saps com costa de passar els dies. No poder oblidar el passat. Del matí al vespre les hores són angoixants. Claudi, només la morfina m'ajudarà.

En Claudi Montagut era un 99% de cinisme i l'altre 1% era la part no contaminada que dedicava a la Giorgia Marsillach, al capdavant Ella li havia fet

guanyar molts diners i, incomprensiblement per Ell mateix, n'estava agraït.

En Claudi Montagut s'hi va estar uns dies a Cal Tort, havia de trobar algú del poble que fes de missatger, algú que sovintegés el poble i la ciutat sense aixecar sospites i per tal que ningú el poble en malfiés, va fer córrer la veu que cercava una majordoma que tingués cura de la Senyora de Cal Tort. No li va ser difícil trobar majordoma i missatger. La majordoma era la Contxita Padrol qui tenia un nebot en el cos dels Mossos i l'altre era en Ricard de ca l'Esquirol qui, segons deia, baixava a la ciutat dos cops per setmana a veure la novia.

.....

En Claudi Montagut i en Ricard es van trobar en una cafeteria:

—Totes les setmanes hauràs de recollir un paquet en una apartat de correus. Tindràs la clau. Un cop el poble li portarà a la Giorgia Marsillach. Totes les setmanes

junt amb el paquet també hi haurà un sobre amb els teus diners.

—Quants. Quants diners?

—Dos mil – contestà en Montagut

—Què hi ha en aquest paquet? – preguntà en Ricard

—Més et cal no saber-ho

—No, no, mestre. Si tinc cap perill m'estimo més saber-ho

—Morfina

—Buf! Aleshores, mestre, haurem de doblar l'oferta

En Montegut se'l va mirar i va saber que allò de la novia era una camàndula i que en Ricard estava avesat a aquesta mena de negocis. No va fer preguntes i li va dir que d'acord amb els diners, advertint-lo

—si saps que et convé no facis cap irregularitat, M'entens, oi? – l'advertí en Claudi Montagut

D'això ja feia dos anys i ara la Giorgia Marsillach, asseguda al llit, amb força coixins a l'esquena, remirava de nou els àlbums del

seu passat. De dalt estant va sentir que algú obria la porta de la casa i pujava les escales. El Ricard se li planta davant i li donà el paquet, la Giorgia l'obrí, set ampolles, com sempre i assenyalant la calaixera manà el Ricard

—Sisplau, obre el primer calaix i portem la caixa que hi ha a la dreta

el Ricard obeí, la Giorgia la obrí i va treure l'agulla, va punxar la primera ampolla, després una segona i encabat una tercera.

—Senyora, això és massa!! – exclamà en Ricard

—Ho sé – replicà Ella

La cantant, amb un cotó, anava a desinfectar l'agulla i el punt de la cuixa on tenia previst de clavar-la-hi i tot d'una va somriure i li va semblar absurd. Tot seguit, va acomodar de nou el coixins a l'esquena i va seguir amb l'àlbum de fotografies. Poc després el cap es decantar cap el davant i la

cara s'enfonsà davant la fotografia on ella es mostrava cantant l'ocàs de Manon Lescaut.

En Ricard no va acabar de veure la darrera escena de la Diva. Va sortir de l'habitació i va començar a remenar calaixos i a replegar tot allò que li'n semblava de profit. Després va anar a trobar el Llentia a qui coneixia des que eren menuts i li donà una caixa ben igual a la que havia dut a la Giorgia Marsillach i la clau de Cal Tort.

—Fes-me el favor Llentia. Jo ara no hi puc anar i la Senyora ho està esperant per demà matí. Si truques i no et contesten obres amb la clau deixes la caixa damunt del rebedor, tanques de nou i ja està.

—I tu com és que tens la clau? —demanà el Llentia

—I passo alguna nit, ja saps — i en Ricard li va fer una picada d'ull

El Llentia va fer allò que el seu amic li havia encomanat però un cop dins de Cal Tort i en no trobar ningú, va resseguir amb els dits tot el que veia, andròmines que en

el poble no s'hi donaven i uns mobles amb fustes que no recordava haguessin passat mai per la serraria del Mingo i va marxar. Fins que els Mossos el van anar a buscar a casa seva, i després de tres dies al calabós, el Tinent Padrol el cridà per interrogar-lo de nou:

—A veure si ho entens, Llentia, estàs fotut en un merder. Què hi feies a Cal Tort?

Mireia Vancells

Una mala sort superlativa

Temps era temps, hi havia un monstre que vivia en una cova fosca i humida, allunyada de la llum del sol. Una pàtina marronosa i pestilent, amassada amb una barreja de pànics, neurosis i pàgines arrencades de llibres de filosofia oriental, entapissava el terra i les parets, com passa amb els excrements i les pixerades que enllarden i empudeguen les corts dels porcs.

El monstre, malgrat la seva condició de monstre, quan sortia de la seva caverna es transformava en un home d'aspecte normal, i semblava més aviat atractiu i bona persona. Un sol detall l'hauria pogut delatar: la pudor insofrible que desprenia el seu esperit descompost. Tenia la fortuna, però, que a la gent li semblava que la ferum venia d'una altra banda i, després de ruixar-se amb abundant aigua de colònia, el monstre no despertava cap sospita.

Vet aquí que el seu caràcter, les seves maneres i els seus costums incomprendibles havien malmès el cor de moltes persones, especialment de dones, totes dames belles i intel·ligents que ell atreia a la seva vida fent cas d'una misteriosa pulsio parasitària. Amb elles desplegava una seducció estudiada de la qual, de tant utilitzar-la, n'havia esdevingut expert. En efecte, en creure's enamorat decidia conquerir-les i, una vegada elles havien decidit confiar en ell i seguir l'instint apassionat de dona captivada, encantades de la vida que un home els fes aquell cas inesperat i les fes riure, les distragués, les emocionés i fins i tot, les fes posar calentes, ell, de mica en mica, les començava a tractar de manera dubtosa. De primer molt subtilment, els engaltava un moc aquí, una brometa pesada allà, una mala paraula dissimulada entre dues frases, una renyadeta estratègica en el moment oportú, un lleu retret. Després, mentre elles estaven encara atordides per aquells subliminals estirabots, ell iniciava de nou una elevació d'ànims espectacular, a la qual elles responien amb renovat entusiasme. A

continuació, ell tornava a saltar al buit amb una baixada als inferns per, tot seguit, tornar a remuntar la passió seductora i conduir la seva amant una vegada i una altra del sofriment a l'èxtasi, i viceversa. Hi afegia un esporàdic fer-se l'ofès sense que vingués a tomb, un silenci oportunament triat, una absència de tot un dia, o de dos, o d'una setmana... i així, anava mostrant més i més, ara ja sense embuts, menyspreu, exclusió i abandonament mentre es creava una atmosfera opressora i una tensió creixent que ell controlava perfectament, com un director d'orquestra que guia amb destresa màxima cadascun dels instruments, i sap dominar tempos, intensitats, pauses, fortes, pianos, crescendos i disminuendos. A la fi, el monstre ofegava completament les capacitats emocionals de les dones i les feia embogir de tal manera, que acabava traient el pitjor d'elles, fet que demostrava finalment la seva hipòtesi recargolada: que les fèmines només porten problemes i que cal resguardar-se'n com del mateix diable.

Aleshores, mirant-se-les de fit a fit amb posat de superioritat, les assenyalava amb el

dit i les acusava de voler-lo controlar, d'envair-lo, de mostrar símptomes de dependència i de reclamar-li allò que ell, de fet, mai no els havia promès. Els ho reprotxava sense saber que, de fet, era ell mateix qui havia provocat la catàstrofe perquè aquell monstre, malgrat el dany que inligia a tort i a dret i el perjudici que ell mateix ocasionava en la seva pròpia ànima masoquista, no era conscient de la seva perillositat. Tot el contrari: quan s'emmirallava en l'espill trencat de la seva caverna llardosa, li retornava el reflex d'un home normal, turmentat i amb una mala sort superlativa, i pensava de si mateix que era tan sols un màrtir, un ésser innocent, si de cas massa confiat, enamoradís com pocs, i creia fermament que acusant de tot als altres, llegint llibres barats i alliberant la seva incommensurable tensió interior amb el so d'un piano esgavellat que hi havia en un racó del seu refugi, ja quedava exempt de responsabilitats.

Tota la culpa -ell ho havia dit sempre- era de les dones: no el deixaven respirar.

Juan Pablo Fuentes

Suerte

Llevábamos intentándolo un año cuando acudimos al médico. Se recomienda esperar dos años, así que mentimos; no queríamos parecer los típicos padres ansiosos. Creíamos que era un trámite, descartar que hubiera algún problema para seguir esperando con tranquilidad. Yo hice la prueba primero, como es lógico. Abrí el sobre despreocupado, sin imaginar lo que iba a encontrar. Lo tuve que leer más de una vez, quería asegurarme que lo estaba entendiendo bien. No conocería el alcance del diagnóstico hasta la cita con el especialista, un mes después, cuando me enteraría que era genético, que mis espermatozoide eran inviables por múltiples razones, pero estaba claro: era estéril. Sonaba la canción 'No mires a los ojos de la gente' de Golpes Bajos, que asocio desde entonces a la sensación de estar en un pozo oscuro. A la necesidad de esconderse dentro

de un armario, acurrucado, sin consuelo. Cuando lo comenté con los amigos más íntimos lo hice detrás de la máscara 'Lo que me podía haber ahorrado en condones' decía sonriendo para que nadie supiera que me estaba cayendo por dentro. La sensación de culpabilidad con mi mujer, le había prometido que tendríamos hijos y ahora no podía dárselos. Un fracaso total, absoluto, en lo único que me había importado de verdad en la vida.

Cuando tienes mentalidad de ingeniero la vida no es una tragedia griega. No hay un destino inapelable sino un problema al que buscar las posibles soluciones, establecer una hoja de ruta, empezar a dar los primeros pasos, recabar las opciones de los expertos. Esconder la angustia debajo de la alfombra y avanzar. Adelante, siempre adelante. En primer lugar, probar la fecundación in vitro. No importaba que mis espermatozoides fueran vagos o inútiles. Una diminuta aguja capturaría los más lustroso y los introduciría con cariño dentro del óvulo. Con suerte tendríamos embriones válidos que se podrían implantar y el

proceso seguiría su curso natural. En las charlas explicativas nos decían que estábamos de suerte, que la técnica había mejorado mucho, y que se tenían tasas de éxito de un 35%. Entraba dentro de la seguridad social, pero había una lista de espera de tres años. Claro que sí teníamos prisa podíamos pagar los 7000 € que costaba el tratamiento y empezar enseguida. Nos rascamos los bolsillos porque el tiempo jugaba en nuestra contra y empezamos un proceso que, para mi mujer, fue largo y doloroso. Hormonación para provocar una hiperestimulación de óvulos. Una medicina tan fuerte que la dejaba muchas veces medio drogada. Después una intervención dolorosa e incómoda para extraer los óvulos. Yo sólo tuve que masturbarme en un frasco y volver a sentirme culpable. Pero la cosa fue bien, se crearon suficientes embriones de buena categoría - porque los clasifican según su calidad aparente A, B, C y D--y decidimos implantar tres, el resto se congelarían para otro posible intento. Corríamos el riesgo de tener mellizos o trillizos, pero no nos

preocupa a demasiado. Esperamos un mes y medio antes de hacer la prueba de embarazo. Salió negativa. No había funcionado. En el hospital lo confirmaron con una prueba sanguínea: ningún embrión había prosperado. Esa noche llegamos a casa derrotados. Al meternos en la cama mi mujer se echó a llorar, sin consuelo. 'Creía que los tenía dentro, me parecía sentirlos. Pero estaba vacía. Vacía. ' Nunca me he sentido más triste en mi vida y nunca hubiera imaginado que se podía llorar tanto por perder lo que nunca se había tenido.

Al cabo de unos meses un amigo me dijo que su mujer se había quedado embarazada y yo, que nunca he sido envidioso, lo odie por dentro mientras lo felicitaba. Otra noche mi mujer empezó a retorcerse de dolor. Fuimos a urgencias y nos dijeron que había tenido un embarazo ectópico. Que un embrión sí que se había quedado, pero no en el útero, sino en la trompa de falopio. Tenían que operar de inmediato y extraerla. Mientras se la llevaban a quirófano me quedé esperando detrás de la máquina de bebidas, con ganas

de esconderme, sintiéndome una mierda, lleno de culpabilidad y de miedo -escóndete en cuarto de los huéspedes a oscuras no pueden verte-. Si le hubiera pasado algo no me lo habría perdonado nunca.

Al cabo de seis meses probamos los embriones congelados, que tampoco funcionaron. Muchas parejas abandonan el tratamiento porque es muy duro emocionalmente, sobre todo para la mujer. Pero yo tenía la suerte de haberme casado con una luchadora, incapaz de rendirse, y nos gastamos los ahorros que no teníamos en volver a intentarlo. El tiempo seguía corriendo, cada año transcurrido en ciertas edades reduce drásticamente la posibilidad de tener hijos. Esta vez estábamos más curtidos, pero fue igualmente duro. Acompañé a mi mujer a comprarse un teléfono nuevo. La dependienta nos preguntó ¿Tenéis cachorros? Y nos miramos con una mezcla de tristeza y esperanza como diciendo 'Ojalá que sí. Ojalá que esta vez sí'. Y fue que sí. La ecografía mostraba tres saquitos, aunque finalmente sólo prosperó uno. Esos días tuve que viajar a

Milán por trabajo y en unas horas libres me di un paseo por la ciudad. Entré en una iglesia pequeña, no especialmente bonita, más que nada para poder sentarme al fresco y descansar. Me puse a llorar, librándome de golpe de toda la tsión acumulada y a la vez pidiendo que por favor no hubiera ningún problema. Que ya era hora de que todo saliera bien. Soy ateo, pero ni toda la racionalidad del mundo es capaz de tapar al animalillo asustado que llevamos dentro.

Tuvimos algunos sustos. mi mujer se desmayada por la tensión baja. Una vez estando en el pueblo y la llevé en volandas al coche para bajarla a urgencias, pero no fue nada. A mí me dolió la espalda una semana porque es verdad, la adrenalina te da superpoderes, pero el cuerpo te pasa igualmente la factura. A los ocho meses de embarazo dejamos de sentir las patadas y no funcionaban los trucos habituales - comer chocolate, pasear--así que fuimos de urgencias al ginecólogo. Yo lleno de malos presentimientos por culpa de un cuento de Quim Monzó en el que al protagonista se le muere un hijo en el octavo mes de

embarazo. Maldita literatura. El corazón le latía con normalidad, sólo se estaba tomando un día de descanso. En una visita rutinaria al ginecólogo nos mandó al hospital. Fuimos caminando con tranquilidad y al llegar nos dijeron que el parto era inminente, fui a por la canastilla y casi no llego al nacimiento, entré por la puerta poniéndome la bata segundos antes de que viniera al mundo mi hija. Pequeña y arrugada, de color morado. Mi Hija.

Volvimos a probar los embriones congelados, que siguieron sin funcionar. Mientras tanto la lista de espera había ido avanzando, y teníamos derecho a un in vitro gratuito. Ahora lo enfrentamos más tranquilos, y otra vez nos sonrió la suerte. Pero en el tercer mes mi mujer sufrió unas pérdidas de sangre. Urgencias de nuevo y la doctora nos dijo que no veía nada raro, que no debería preocuparse. Pero al día siguiente otra nueva pérdida y mi mujer 'Lo he perdido, lo he perdido'. Y yo poniéndome la máscara de nuevo y diciendo 'Aquí no se ha perdido nadie' aunque por dentro también estaba derrumbado. Pero era

verdad, nadie se había perdido, ni se perdió más tarde cuando amenazó de parto prematuro. Ni cuando estaba estrangulado por el cordón umbilical que el médico habilmente retiró de su cuellito.

Ahora los miro dormir cada noche antes de ir a la cama y pienso que sí, que he tenido mucha suerte. Suerte de vivir en una época en que la ciencia hace milagros. En una sociedad que, mal que bien, mantienen el estado del bienestar y nos permite el acceso a una sanidad de calidad. Una suerte enorme, sin medida, inconmensurable. Dicen que la mente humana no es capaz de abarcar el concepto del infinito. Pero no es verdad, se equivocan. Para algunos, cuando contemplamos el amor reflejado en los ojos de nuestros hijos, el infinito se nos queda muy corto.

Miriam Jareño Comellas

Un mal trago

Estaba tumbado en una camilla, mirando al blanco techo de la habitación. “Dios, que se termine esto ya de una vez!”, pensé asustado. Cerré los ojos y dejé volar la imaginación hacia cualquier otro sitio menos impersonal que ése. Pero era completamente imposible, la aguja que tenía clavada en el brazo me recordaba insistentemente que me había metido voluntariamente en una sala que para mí era como una tortura inquisitorial. No iba a morir de aquello, eso estaba claro, pero mi pánico a las agujas me estaba jugando una mala pasada, otra vez... Y yo que creía tenerlo superado!

Cuando mi mente parecía haber fabricado por fin una imagen de bosques esplendorosos de algún lugar perdido por Asturias, me despertó una cálida voz:

—Ya está, ¿lo ves como no ha sido para tanto?

Y tras abrir los ojos, ver con inmenso alivio que ya no tenía nada colgando de mi brazo, salí al exterior. Nunca jamás volvería a hacerme donante de sangre! O sí?... “Los miedos hay que vencerlos enfrentándose a ellos!”, pensé.

El dolor más profundo

Absurdidad. Incongruencia. Qué insólita es la vida.

A fin de cuentas, tras mucho luchar, me rindo ante la evidencia.

Me he enamorado de ti, amigo desconocido.

Odio tanto este sentimiento, este pesar, que lo mataría si pudiera.

Solo con palabras escritas en mi mente, a papel, a pantalla,

Expulso todo lo que guarda mi corazón encadenado.

Si pudieras corresponderme, tendría tanto miedo y sería tan feliz...

Pero ni siquiera creo que me recuerdes. No existo en tu mundo.

Estúpida de mí al sentir tanto odio? O tanto amor?

Por qué?, me pregunto mil y una veces con sorpresa,

Si siempre supe que no podría existir ni una pequeña llama.

Por qué no me deshago de tus susurros, de tu voz, de tus ojos,

De cómo acariciaste mi cuerpo
tembloroso de deseo?

Por qué te he soñado, te busco por las
calles, por los bares, allá donde mis pies me
guían?

Quién me ordena seguir guardando
esas imposibles esperanzas?

Matar esto es lo que quiero, quiero
dejar que tu alma vuele sin mi recuerdo!

Y sé que allá donde te lleven tus pies,
tus miras, tu vida, serás libre,

Pero mi cabeza, y mi llanto, contigo
irán.

No me pediste el corazón y te lo he
dado, haz con él lo que te plazca, no lo
quiero.

O sí, quiero otro corazón que no guarde
tu nombre, que no haya visto tus marinos
ojos

Y que jamás haya escuchado el susurro
de tu voz.

Quiero guardar solo la piel, la carne que
tembló con tu pasión, el recuerdo de tus
besos,

De esas caricias que me elevaron al
cielo más hermoso,

Quiero guardar ese deseo que nunca consumamos pero que fue tan bello.

Pero si me das un corazón que no sea el que te ame, o si no que sea el tuyo,

Que me lleve al fin del mundo junto a tus pasos.

Porque si me has de devolver el mío no lo quiero, que te ama demasiado,

Que odia la mente que no puede desprenderse de ti.

Ese corazón que ya no es el mío te lo di sin pedirte nada a cambio, pero late aquí en mi pecho

Y duele tanto que no sé si morirá o matará el cuerpo que lo contiene.

Dame otro corazón menos hermoso y más cruel, que no sienta amor ni cariño,

Que pueda quedarse en un cuerpo lleno de deseos por explorar, que sea menos sensible.

Por qué sufro tanto? Tú lo sabes, extranjera vida mía?, yo no logro averiguarlo.

Lágrimas sin fin se derraman en mi interior rabiando de asco,

De pena y de dolor porque
absurdamente te di aquello que no debía,

No te culpo! Yo y solo yo soy la
culpable!

Dime tú, extraviado ser desconocido,
por qué no te entierro y guardo solo la
hermosura

De esas horas que compartimos, llenas
de magia, y olvido lo demás?

Por qué no separé deseo de sentir?...
No debería ser difícil, yo me lo propuse!

Y aquí estoy, alma en pena por los
rincones de la vida, arrastrada

Incapaz de que otro deseo te aparte de
mi ser.

Si lo que late en mi pecho es un
corazón que es mío y lo posees,

A quién se lo podré entregar? Y si
alguien me da un corazón, qué hago con el?

No merecerá que se lo destroce, una
vez ya lo hice! Y prometí que nunca más!

Mátame de amor, lejana voz, que
excitaste tanto mi carne, o ven...

No te merezco. O sí?... No me
recuerdas. Y si lo haces?

Y si una sola vez pronunciaste mi nombre?... Demasiado hermoso sería.

No pude conquistar más allá de tu deseo de oler mi perfume, de saborear mi piel...

Pero más no habría sido hermoso... O sí?... Quién lo va a saber?

Rendida estoy ante tus pies, que van tan lejos que los míos no les siguen.

Debo olvidarte, recuperar el corazón, que sea uno nuevo o el mío sanado,

Latirá de nuevo con fuerza. Y ahora, aún, a pesar de toda mi voluntad, tuyo es.

Dedicado a un ser inolvidable que dio conmigo y me hizo soñar.

Juan Carlos

No remiendo esto con palabras, hablo de lo que realmente ocurrió

—Sostén la pistola. Apúntame a la cabeza, entre los ojos, y aprieta el gatillo — dice el tío Antonio, convertido en un ojo de 50mm con infinitas lentes superpuestas—. Cuidado, no te muevas que te sales del foco.

El estudio fotográfico estaba en el número veintidós de la calle Francesc Layret. Era un local pequeño y en las paredes había colgados cuadros de ángeles, piratas y sonrientes soldados medievales. Unas mamparas dividían el local en tres espacios: recepción, estudio uno y estudio dos. Además, había también un cuarto oscuro al que yo no pude. El negocio no le iba mal del todo, al tío Antonio

—El negocio no me va mal del todo — decía el tío Antonio.

Se había especializado en álbumes infantiles y mi madre era una gran

admiradora de su trabajo. A menudo, ella dejaba de ser el delantal de color salmón que trajinaba por casa y aparecía a la salida del colegio convertida en una fina blusa. Me marcaba las mejillas con el carmín de sus besos, ella que no se prodigaba, siendo delantal, en besos ni en carmín, y tras ofrecerme una bolsa de supermercados DIA que contenía un bocadillo de paté Mina buscaba mi consentimiento para

—Vamos a ver al tío Antonio, ¿vale?

De esta obsesión por los álbumes, mi padre tenía poco que decir. Bien es cierto que mi padre decía más bien poca cosa sobre nada. Él, barriga prominente, calva y cigarrillo Ducados colgando del labio, normalmente solo se activaba cuando aparecía en el televisor Felipe González, primero, y Aznar, un tiempo después.

—Ni que nos fuera a dar de comer la dichosa política. Estás obsesionado, Manuel —se quejaba mi madre.

Yo no sabía quiénes eran ni por qué, mi padre

—Me cago en Felipe González.

O

—Me cago en Aznar.

pero sospechaba que algo tenían que ver con la vida miserable que parecía llevar él,

—Qué vida miserable ésta, Carmen — decía, las noches en las que el vino le soltaba el verbo.

Mi vida, en consecuencia, tampoco era mucho más feliz. Pese a mi insistencia, nunca conseguí que me apuntasen al equipo de fútbol. Mi padre, manteniendo el cigarrillo sobre el labio inferior con un virtuosismo de equilibrista, decía

—¿Con qué narices le voy a comprar unas botas al niño, Carmen?

y ante el visible enfado de mi madre y mis lágrimas, sentenciaba:

—Qué vida más miserable esta, ¡a la mierda con Felipe González!

o

—Qué vida más miserable esta, ¡a la mierda con Aznar!

Así que, mientras mis compañeros, convertidos en Romario o Laudrup, corrían y metían goles en un campo que yo imaginaba magnífico y abarrotado de público, yo,

bocadillo de paté Mina en mano, iba con mi madre a por nuevas fotografías, porque

—Tu abuela Luisa ya no debe saber ni qué cara tiene su nieto —justificaba mi madre.

El tío Antonio, ahora —entonces— convertido en un par de ojos normales, ojos con sus correspondientes córneas, iris y pupilas, se asoma tras la cámara Minolta.

—Venga, Antoñito. Sé bueno. Ponte bien el sombrero y apúntame a la cabeza con la pistola ¿O es que no quieres ser Lucky Luke? ¿prefieres el Rey Arturo? También puedes ser Barbanegra.

Pero yo, en un ahora que es un entonces, testarudo con las Tortugas Ninja. En concreto con la del antifaz azul, ¿se llamaba Leonardo?

—Hazle caso al tío y quita esa cara de amargado que te hace muy feo, cariño —dice mi madre desde la recepción.

Y yo, persistiendo en la fealdad, pese a las prisas del tío Antonio y al

—Venga, cariño

amenazo con volarme un pie con la pistola de Lucky Luke si no aparece la espada ninja y el antifaz de color azul, no el lila, naranja o rojo, el azul, el de ¿Leonardo? ¿o quizá era Michelangelo?

—No hagas el tonto, anda, que el disfraz de tortuga ninja lo tengo en la lavandería.

El tío miente, lo sé ahora, es decir entonces, pero también ahora. Los disfraces nunca se lavaban, se amontonaban en un baúl, mezclados unos con otros y nunca se lavaban. ¿Cómo si no iba a tener Robin Hood el pecho lleno de lamparones de macarrones con tomate y Pocahontas el chaleco pringoso por el azúcar de las nubes de algodón?

—Es mentira —digo ahora y entonces, que es un ahora para mí—. No quiero la pistola ni el sombrero. Dame la espada ninja.

Esa espada que compartían en usufructo el rey Arturo, el pirata Barbanega y Leonardo

¿o quizá era Raphael? No, definitivamente era Leonardo, sí, la Tortuga Ninja del antifaz azul era Leonardo.

Mi madre se levanta de la silla, el tío Antonio, desesperado, se va al estudio dos para no presenciar lo que, yo sé —sabía—, va a suceder. Entonces, es decir, ahora, ya no

—Venga, cariño.

mi madre, ahora —entonces—, convertida de nuevo en ese delantal de color salmón, sin rastro de carmín ni de besos que dejan rastro en mis mejillas. Ella ese tono de voz y ese rostro que yo le veía, y que sigo viéndole ahora —no ese ahora que es un entonces, sino el ahora de verdad—, cuando mi padre

—Qué vida miserable ésta, Carmen y ella

—Estás obsesionado, Manuel

y se escondía en la cocina a soñar en las revistas con blusas mucho más finas y elegantes que la suya, la única que tenía, y que mi padre, al estar obsesionado con la miseria,

—Qué vida miserable esta, Carmen

y ser dieciséis años mayor que ella, no sabía apreciar.

Sostengo la pistola y apunto a mi madre a la cabeza, entre los ojos. En este instante, sabiendo lo que se avecina, sí que deseo ser Lucky Luke y no Tortuga Ninja, porque qué tontería ser Tortuga Ninja, madre, qué ridícula esa obstinación con una tortuga y un antifaz cuando uno puede ser Lucky Luke ¿verdad? Y tener pistola, sombrero y chaleco vaquero y una puntería tal que ipum!, entre los ojos, y evitar el quantazo que se acerca.

Por suerte el tío Antonio reaparece y no hace falta que yo y mi madre nos batamos en duelo.

—Toma, Antoñito —me ofrece un caramelo Kojak y yo me olvido definitivamente de Leonardo. Mi madre, blusa y carmín de nuevo, se vuelve a sentar y el tío Antonio consigue su fotografía, su mejor fotografía.

Ahora, cuando aquel ahora que es un entonces ya no existe más y mi padre hace mucho tiempo que ya no

—Qué vida más miserable esta

porque ya ni vida ni miseria le quedan. Ahora, sí, que hace una semana que mi madre tampoco puede ser ni delantal de color salmón ni blusa ni carmín, yo, hurgando en su casa, encuentro un álbum en el que aparece una fotografía de un Luky Lucke aguerrido, amenazante, sin cara de amargado, con una puntería excelente y un caramelo Kojak colgando del labio.

También encuentro un segundo álbum y al encontrarlo, vuelvo al ahora de entonces. Justo después de la fotografía de Lucky Luke, me siento en la recepción, solo, mirando a la gente pasar por la calle mientras, ansioso por llegar al chicle, devoro el Kojak.

—Coge todos los caramelos que quieras, rey —dijo entonces, es decir en el ahora de entonces, el tío Antonio.

En el estudio había otro baúl. En él también había disfraces, pero no de Robin Hood, Rey Arturo o de Tortuga Ninja. Eran disfraces de blusa y carmín, disfraces para escapar de

—Qué vida miserable ésta, Carmen
y olvidarse de los

dieciséis años más que...

y del delantal color salmón que no era ni fino ni elegante.

Encuentro un segundo álbum. Ahora sé lo que sabía entonces, pero no quise saber: que la vida, a vosotros también os vestía Lucky Luke cuando queráis ser Tortuga Ninja, ¿verdad, mamá?

—Qué vida miserable ésta, tío Manuel, con tu política, tu poco detalle con las blusas y tus dieciséis años más que...

—Qué vida miserable, tío Antonio. ¿O porque no remiendo esto con palabras y hablo de lo que realmente ocurrió, debería decirte papá?

Sandra Ferrer Aranda

La comida

«La abuela mojaba el pan en el café con leche».

Sonia Martínez, libreta de mates, 1982

Estamos en un vagón de tren. Finales de los ochenta. Ocho horas, con suerte, de Granada a Barcelona. Sonia ha traído un bocadillo de fuet que se acaba enseguida. También lleva uno de paté que le ha preparado su tía antes de tomar el tren. Odia el paté, pero nunca ha sido capaz de decírselo y no importa, ya que solo se ven un par de veces al año, cuando va de visita a Granada. Pero ahora tiene hambre y no se puede comer ese bocadillo porque tiene un gusto horrible a paté La Piara. O a cualquier paté, aunque ella solo ha probado el paté La Piara. El futuro la llevará a tarrinas más lujosas, como las de foie, pero con dieciséis años y en un tren de largo recorrido achacoso, no puede imaginarse que haya

otras versiones de aquella crema consistente. Ni que exista un mundo *cool* al que un día pertenecerá. Ni que exista la palabra *cool*.

Sonia piensa en su hambre y se pone tensa. Sabe que una irritación lenta y persistente se le va a enquistar en la boca. Mejor no hablar con nadie. Y es fácil. Está rodeada de gente, pero cada uno va a lo suyo. A su izquierda, un hombre de unos treinta y pocos años, serio y bastante enclenque, lee con avidez un folleto de alguna iglesia. Enfrente, una mujer de ojos dulces acaricia la cabeza de un niño que duerme sentado a su lado con un cubo de Rubik sobre el regazo. El panorama pinta aburrido y el paisaje dejó de interesarle hace rato. Podría leer, pero con hambre solo acepta libros muy entretenidos y lleva una rareza sobre la influencia del sufismo en la poesía mística de hace unos cuantos siglos. Un libro que le prestó una amiga de Saturno y que algún día le interesará. Pero ahora, el único trance que le preocupa es el de su estómago.

Se levanta y, para salir, intenta molestar un poquito más de lo necesario al hombre del folleto eclesiástico. Éste apenas se inmuta. Sonia decide ir al restaurante del tren y sacrificar la posible salida nocturna del fin de semana, a cambio de algo caliente y que no lleve verduras. En el bar hay unas mesas con bancos, todas llenas. En una, una señora muy mayor está abriendo un tupper. Se acerca:

—¿Le importa que me siente aquí con usted?

—No, hija, claro que no, siéntate —le responde la mujer, abandonando por un segundo la apertura del tupper.

—Vale, gracias, ahora vuelvo. Le dejo aquí mi bolsa.

—Sí, hija, no hay problema.

Sonia pide unos macarrones que tardan unos tres minutos en llegar. La espera se le hace eterna e innecesaria. Se acerca con sus macarrones medio fríos a la mesa y la señora, que ha conseguido abrir el tupper, la mira sonriente. Dentro de aquel plástico descansan unas morcillas exuberantes. Con calma la mujer corta un trozo de morcilla y

se la acerca pinchada en un tenedor: «anda, prueba, son de mi pueblo». Le da un poco de pan también. Sonia no puede resistirse a la morcilla. Le gusta el color, le gusta el olor, le gustan los trozos de cebolla o los de arroz peleándose por destacar en aquel almohadón delicioso de sangre cuajada. Se lleva aquel pedazo a la boca y tiene ganas de llorar y de bajar en la próxima estación, sentarse en un bar de pueblo y comer morcillas por siempre jamás.

—Gracias, señora, qué rica. ¿Quiere macarrones?

—No, gracias, cielo, a mí esas cosas no me gustan. Y menos del tren. Seguro que están recalentados.

—Sí, muy ricos no están, pero yo con hambre...

—¿Y el pan no te gustó? —la señora la observa con expectación.

—Sí, sí, el pan no está mal, pero la morcilla...

La mujer se calla y se queda mirando un rato el techo del tren. Sonia engulle los macarrones que, después de aquel breve festín, saben aún peor de lo que anticipaba.

—Yo les daba pan —dice de repente la señora y se aparta un mechón de la cara—. Mi marido no lo sabía, pero yo les daba pan.

—¿Disculpe? —la interrumpe Sonia. Pero la mujer no la escucha.

—Teníamos un pequeño horno y mi marido repartía el pan por los pueblos vecinos. También teníamos un carro. Y siempre algo que llevarnos a la boca. Pero esas criaturas... —la mujer la mira y ve cosas que Sonia apenas logra intuir—. Perdieron al padre. Quién sabe dónde se lo llevaron. Y esos niños pasaban hambre.

Sonia baja un poco los ojos. En su plato solo queda un macarrón y unas migas de pan.

—Una madrugada —continúa la mujer — fui un poco antes al horno porque estaba desvelada y pensé en limpiar más a fondo. Allí estaban, se habían colado por la ventana y por la ventana saltaron en cuanto me oyeron llegar, aquellos chiquillos. Menos uno, el más pequeño. Lo agarré con fuerza por el brazo y me sobraron dedos y mano. La criatura lloraba, pero era incapaz de

soltar el mendrugo de pan. Yo no sabía mirarle. Lo senté en mi regazo y lo calmé.

Sonia calla. Aplasta una pequeña miga del plato con el dedo y se la lleva a la boca.

—El niño se esperó allí conmigo un buen rato, sentado en el suelo y royendo el mendrugo que no soltó nunca. Tan chico era... Se fue con un par de hogazas de pan. Hacía mucho frío aquella madrugada —la mujer dejó de hablar, miró de nuevo al techo y sonrió—. Mi marido jamás lo supo, pero yo les daba pan.

Suerte tonta

Valeria había crecido en un pueblo no demasiado grande de las afueras de Barcelona. Hija única, tuvo una infancia común a ojos ajenos. Sin embargo, de puertas adentro, en aquel piso oscuro y con suelos de gres, la vida se tiñó de colores amargos desde bien pequeña. Algunas noches, cuando se corrían las cortinas y se encendían unas pocas luces, entraba lo que ella llamaba «la mala suerte».

Iba a un colegio público y no llevaba uniforme. Le hubiese gustado llevarlo, porque así hubiese sido un poco más como los demás. Pero no había dinero para vestirse de grupo. Tampoco había demasiado dinero para ser especial, o sea que repetía con frecuencia esa ropa que la hacía única, cada año más descolorida, más gastada, más remendada. Pero perfectamente limpia.

Pasaron los años y con ellos, una serie de episodios de mala suerte que a ella le parecían una repetición infinita e infernal. Al día siguiente, para calmarse, solía tomar

prestado algún libro de la biblioteca. Acariciaba las encuadernaciones de los que le parecían más bonitos y solía dormir con uno o dos sobre la almohada. Los que más le gustaban eran los que tenían tapas con letras doradas y parecían antiguos. Siempre los devolvía a tiempo.

Empezó a trabajar a los diecisiete. Sí valía para estudiar, eso decía algún profe, pero nunca nadie le prestó demasiada atención y ella decidió buscarse un buen empleo con uniforme. Limpiaba oficinas grandes bajo luces blancas fluorescentes. Lo hacía cuando todo el mundo se había ido y le encantaba hablar con sus compañeras rodeada de ordenadores y hojas que volaban. A veces cambiaba los papeles de sitio adrede y se reía pensando en el cabreo del empleado al día siguiente. Mala suerte.

Se fue de casa a los dieciocho con dos amigos y un novio de pelo revuelto y pocas palabras. Ya entonces bebían mucho, quizás para compensar los largos silencios llenos de nada. Valeria lloraba demasiadas noches. Y esas mismas noches sentía un miedo atroz. Y no podía hacer nada.

Pasaron los años y cambió de piso y de novio y de novia y de novio y de novio. Y decidió no tener más parejas, porque algunas le traían suertes amargas. Y otras no le traían absolutamente nada. Seguía llorando algunas noches. Quizás eran la mayoría. Y se tomaba sus cervezas. Todo era líquido y así la suerte llorona se alejaba flotando y bien visible río abajo. Ya no reía tanto con sus compañeras en las oficinas, que le parecían demasiado sucias y demasiado luminosas, cuando lo único que ella quería era estar a oscuras y flotar también hacia lugares sin nombre y sin ningún tipo de suerte. A veces no conseguía llegar al trabajo, porque sus ojos solo lograban abrirse a medias y sabía que no podría soportar el peso de la aspiradora y que aspirase todo ese polvo y no la aspirase a ella.

Y un día el trabajo se acabó. Puta suerte. Y ya no pudo seguir en aquel último piso con techos bajos, alguna cucaracha veraniega y unos compañeros casi invisibles. Se fue a la calle y encontró otros compañeros totalmente invisibles. Siguió en

su mundo líquido, flotando solo a veces, casi ahogada la mayor parte del tiempo.

Encontró gentes afables que a veces no conseguían mirarla. Otros le hablaban gritando. Otros eran mudos. El pelo dejó de existirle y los pies y los brazos. Las manos las veía. Estaban llenas de mugre y movían cosas a su alrededor. Tenía un edredón de un color antiguo que acarreaba de un sitio a otro. Cada día, cada noche. A veces, si tenía fuerzas, se lavaba durante mucho tiempo aquellas manos grandes y en otros tiempos poderosas. Lo hacía en la biblioteca. Utilizaba mucho jabón y luego leía una revista o un libro de tapas duras. Era una suerte amable, aquel lugar lleno de hojas ordenadas.

Una noche se sintió afortunada. Encontró un espacio amplio y caliente, un cajero que nadie había reclamado. Quería estar sola. Sus manos trabajaron bien y lo organizaron todo. Ojalá hubiese tenido una de aquellas revistas de la biblioteca. Había luz allí, como la de las oficinas. Hubiese podido leer. Se tumbó y aquella noche no tuvo ganas de llorar.

De madrugada oyó ruidos. Un chaval intentaba abrir el cajero, le señaló la cartera y le sonrió. Tenía el pelo negro y un poco rizado y ojos misteriosos. Valeria abrió. Dos más aparecieron de repente en la puerta. Se reían feo. La miraban peor.

Qué suerte tonta, haber encontrado aquel cajero.

Raquel Goges

Madrid 2210 A.D.

Aimara observó su imagen en el espejo que había en la pared de aquella fría habitación. Se sorprendió al comprobar que sus ojos reflejaban hastío. Eso no debería ser así; en aquellos momentos el pene artificial de la máquina estaba penetrándola, sin embargo ella no sentía ningún placer.

“No debí dejar que Tess me convenciera”, pensó.

Sus ojos se posaron aburridos en la ventana que daba a la sala contigua. Un hombre la miraba fijamente.

—¡Joder! —exclamó—. ¡Esto ya es demasiado!

En aquél tipo de lugares se permitían los mirones, pero ese no era un buen momento para sentirse observada. Desde que había entrado en el burdel sabía que no iba a conseguir excitarse. Estaba tensa y, a pesar de que el robot que Tess había pagado para ella era bastante atractivo, no

dejaba de ser una máquina y follaba como tal: mecánicamente. Sin esperar a que el androide retirase el pene de su vagina, se levantó de la aséptica cama, cogió sus ropas, se vistió a toda prisa, y salió de aquella austera habitación. La máquina siguió introduciendo su largo y lubricado pene en una vagina invisible.

Aimara salió del "Club Sexamour" con la camisa a medio abrochar y las botas todavía en las manos. La calle estaba vacía. Cascadas de agua de lluvia caían a plomo sobre la ciudad, desbordando de aceras y asfalto. "Sólo me faltaba esto", pensó. Suspiró abatida mientras se ponía las botas de cuero sintético. De pronto algo la sujetó por la cintura; sintió un intenso pinchazo en la espalda; un aliento cálido en su cuello; alguien que ataba sus muñecas con delicadeza. Después, todo fue oscuridad.

Despertó en una habitación extraña. No recordaba que hacía allí, pero como en los sueños, su embotada cabeza le trajo destellos de imágenes inconexas. La habitación estaba en silencio. Podía oler el aroma a eucaliptus. Afuera se oía el rumor

de la violenta tormenta que desde hacía noches azotaba la ciudad. Se incorporó con dificultad. La cabeza le daba vueltas. De pronto tuvo la certeza de que no estaba sola; podía oír una suave respiración y una exhalación rítmica y sosegada que traía a ráfagas aquel aroma intenso del eucaliptus. Desvió su mirada hacia la derecha. Pudo ver a un hombre de pie ante un gran ventanal. Vapeaba lo que parecía un e-cig. El hombre estaba perdido en sus pensamientos con la mirada fija en los regueros de lluvia que se deslizaban furiosamente por los cristales.

—Siento haberte traído aquí.

La voz del hombre era grave y aterciopelada. Se giró y la miró. Aimara no podía ver bien su cara ya que la habitación estaba en penumbra. Él se acercó. Se agachó, y entrecerrando los ojos a causa del vapor que salía del cigarrillo electrónico que llevaba en la boca, murmuró:

—Venga, dame tus manos. No voy a hacerte daño.

Ella se dobló como un animal asustado. El hombre apagó el e-cig y lo dejó en el suelo. Cogió las muñecas de Aimara y

desató delicadamente la cinta que las aprisionaba, acto seguido apartó el cabello negro que caía desmadejado por la cara de ella y, levantando su cabeza suavemente por el mentón, la miró fijamente a los ojos.

—Por favor no chilles. No va a pasar nada que tú no quieras. Sólo te pido una cosa, quiero que mires una película conmigo. Sólo eso; nada más.

Aimara apartó la mirada. Había visto en algún sitio aquellos intensos ojos verdes; horas antes la miraban mientras el androide intentaba inútilmente excitarla. A pesar de darse cuenta de que aquél extraño había estado observándola, lo que más la desconcertó fue que él acabara de tocarla con las manos desnudas. Todavía se sorprendió más cuando se dio cuenta de que deseaba que él la volviera a tocar. El hombre seguía mirándola fijamente. Aimara se ruborizó; nunca antes un hombre la había mirado de aquella manera. Él parecía cansado y abatido.

—Si quieres puedes marcharte. Esto ha sido una completa equivocación —dijo.

Aimara miró extrañada a su captor. Tras dudar unos segundos, se levantó. El hombre se apartó acercándose a una de las ventanas. Ella se dirigió a la puerta. Dudó en abrirla. Millones de preguntas se agolpaban en su mente. Quería largarse de allí y sin embargo una creciente curiosidad hacia aquel desconocido de mirada profunda la detenía. Se estremecía al recordar el roce cálido de las manos del hombre cuando éste desató sus muñecas. No podía dejar de pensar que en aquellos pocos segundos en que él había estado en contacto íntimo con ella, todo su cuerpo se había excitado inundándola de aquella necesidad dolorosa e intensa que la quemaba por dentro. Se acercó a él. Éste seguía absorto en sus pensamientos mirando hacia una ciudad vacía y opaca que se marchitaba al otro lado de los cristales. Tímidamente, sabiendo que aquello estaba prohibido, le pasó la mano por la espalda.

—Me gustaría ver esa película que dices.

Él se giró para mirarla. Aimara pudo ver un rayo de luz en sus ojos.

—Siéntate —dijo el extraño—. Por favor —añadió.

Señalaba un sillón de metacrilato y sintético negro. Ella obedeció dócilmente. El hombre sacó un objeto plateado de una mochila. Aimara miró con curiosidad lo que él tenía en las manos y que parecía un arcaico HVD. Él introdujo el primitivo disco en un viejo aparato y encendió una pantalla accionando un antiguo mando a distancia; sin esperar a que la película empezara se situó detrás del sofá, de espaldas a éste, y con la mirada fija en las lágrimas de lluvia que resbalaban lánguidamente por los cristales de las ventanas.

En la pantalla empezaron a salir imágenes. Aimara no dio crédito a lo que estaba viendo. Una mujer de exuberantes pechos lamía con ansia la polla de un hombre, saboreando cada pliegue, besando y mordisqueando el glande rojo e hinchado. Una música extraña e hipnótica acompañaba las imágenes. Aimara sintió un acaloramiento repentino; ocultó su cara entre las manos.

—¿Qué mierdas es esto? —preguntó inquieta.

Sus ojos, deseosos ahora, miraban por entre los dedos que cubrían su cara; seguían el subir y bajar de la mujer de la película. Ésta tenía la polla del hombre totalmente metida en su boca. Se la comía con fruición, engulléndola con glotonería, gozándola mientras torrentes de saliva lubricaban la piel de sus labios. El hombre se recreaba en las partes más íntimas de su compañera, recorriendo rincones prohibidos con una lengua rosada y jugosa; penetrando en oquedades; explorando todas y cada una de las ondulaciones del sexo de ella.

—Mi nombre es Héctor Cruz, y creo que ya es hora de que te explique para qué te he traído aquí —dijo su secuestrador.

Aimara enrojeció al oír su voz.

—¿Supongo que habrás oído hablar de “La ira de Dios”? —continuó Héctor.

Ella seguía con la mirada fija en las imágenes de la pantalla. Ahora era otra mujer la que cabalgaba salvajemente encima del hombre, relamiéndose y gimiendo de placer. Éste seguía explorando

con su lengua el sexo húmedo e inflamado de su otra compañera. Aimara, en el sofá, no pudo reprimir que sus pezones se erizaran al sentir el calor creciente que emanaba de todo su sexo.

—¿La enfermedad? —preguntó con un hilo de voz.

—Sí. A mediados del siglo XXI se declaró la peor epidemia de la que se tiene conocimiento hasta el momento. Se inició en los suburbios de las grandes ciudades. Miles de prostitutas y sus clientes morían a causa de una enfermedad venérea desconocida. Pronto se extendió fuera de los prostíbulos; hombres que habían follado con prostitutas infectadas contagiaron a sus propias mujeres. Hombres a otros hombres, mujeres a mujeres. Pero, como sabrás, aquello no fue una simple enfermedad venérea. El contagio se producía por contacto: semen, sangre, secreciones vaginales, saliva, moco, leche materna y piel.

Miró un momento a Aimara que seguía absorta con la vista fija en la pantalla.

—La OMS declaró el status de pandemia escasamente dos semanas

después de la primera muerte. En pocos años fueron millones los cadáveres que se amontonaron en las funerarias de todos los lugares del planeta; la comunidad científica se mostró totalmente incapaz de frenar la epidemia. Unos diez años después del primer cadáver, millones y millones de personas habían muerto a causa de esa enfermedad o de sus múltiples mutaciones. El mundo entero quedó desolado y en estado caótico.

Héctor hizo una pausa. Encendió de nuevo su cigarrillo electrónico. Lo vapeó suavemente, casi con dulzura, llenando la estancia de vapor de agua y aroma a eucaliptus. Aimara ya no se tapaba la cara. Tenía el cuerpo en tensión y excitado. Se pasaba obsesivamente la lengua por los labios. En la película se sucedían los gemidos, jadeos, espasmos, y derramar de fluidos. Lenguas golosas que hurgaban febrilmente en sexos inflamados; tetas con pezones erectos e hinchados, restregándose contra carne excitada y caliente; el placer desbordando de cuerpos desnudos que se contorsionaban y arqueaban buscando el

orgasmo. La habitación de aquél ático se llenó con los suspiros agitados que nacían de aquellas imágenes; de su olor a sexo y sudor.

Héctor se sentó en el sofá.

—El nueve de octubre de 2071 - prosiguió -, se abolió cualquier tipo de contacto íntimo entre humanos, incluida toda práctica sexual en la que participara más de un ser humano. En pocos años se renunció a todo; amor o sexo ya no tenían sentido. Trabajo. Ese era el lema. ¡Había que recomponer la humanidad! —rio con la boca torcida—. Claro que no todos renunciaron al sexo. Muchos se volcaron en la masturbación. Otros buscaron el placer de diferente manera; ya conoces la gran revolución que sufrió la robótica desde principios del siglo pasado —añadió Héctor, guiñando un ojo con ironía—. Pero la gran mayoría de los que sobrevivieron, olvidaron el sexo; lo desterraron de su vida y de su mente, así como desterraron las muestras de amor. Dos siglos después, seguimos con esas mismas leyes: ¡“No Sex, No Love”! Ya sabes —dijo alzando los brazos—. La

nuestra es una sociedad enferma —bufó—. ¡Fabricamos humanos en probetas a gusto del consumidor pero nunca nos tocamos unos a otros por miedo a padecer una enfermedad que tan solo conocemos por libros de historia!

La película había acabado. Aimara se giró y miró a Héctor con ojos húmedos; suplicantes. Su cara estaba tensa y reflejaba sufrimiento. Acercó las manos a sus pechos. Los estrujó con fuerza, violentamente. Dejó escapar un leve gemido. Héctor sonrió.

El silencio inundó la habitación. Afuera hacía tiempo que había dejado de llover; la ciudad se lamía las heridas de la tormenta como una bestia moribunda. Aimara se incorporó y se acercó a una de las ventanas. Aspiró el olor fresco e intenso del eucalipto que emanaba del e-cig. No podía dejar de pensar en lo que había visto en la pantalla. Aquellos hombres y mujeres se entregaban sin tapujos a placeres que ella deseaba. Cientos de veces, en la soledad de su casa, había imaginado cómo sería un beso; el tacto de las manos de un hombre descubriendo su cuerpo desnudo; sentir un

aliento cálido recorriendo su espalda; una boca inquieta mordisqueando sus pezones.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó. Sabía lo que él iba a contestar, pero necesitaba oírlo de sus labios.

Héctor se acercó a su oído.

—Ya sabes lo que quiero —susurró—. A la mierda las leyes. A la mierda Dios, y su ira. Sé que te arden las entrañas y yo quiero quemarme en ti.

Aimara gimió como un animal famélico al sentir el tierno roce de los labios de él en su lóbulo izquierdo. Se giró y le miró a los ojos. Cogió las manos de Héctor. Con suavidad se las llevó a la boca. Chupó con fruición los dedos. Uno a uno; todos ellos. Se acercó un poco más a él, hasta sentir en su boca la respiración de Héctor. Le Introdujo la lengua lentamente, recreándose en el roce de su lengua con los labios húmedos de él. Delicadamente al principio; con necesidad después.

Haikus II (Raquel)

I.

Caen luciérnagas
Resplandece la noche
En el silencio

II.

Cristales de luz
Rayos de sol y espuma
Sendas del agua

III.

Gotas de lluvia
Hojas secas reviven
Y yo con ellas

IV.

Viejo marchito
Ancha frente arrugada
Por la avenida

V.

Cielo de fresa
Hielo sobre la hierba
El mirlo canta

VI.

Blanca luz tenue
Parpadeo de velas
Guiños del alma

VII

Calma y humo
Editors me envuelven
Al fin en casa

VIII

Algodón blanco
Casas bajo la noche
La luz se apaga

IX

Manda la noche
Sigo escribiendo haikus
Bajo las mantas

X

El metro llega
Fresca brisa rizada
Ocre reflejo

XI

Jarrón marchito

La sombra se proyecta

Sobre la barra

XII

Tintinea el hielo

En el piano negro

Una nota se rasga

Montse González de Diego

El vuelo de las palomas

Parte II (de dos)

(continuación boletín Febrero 2019)

Oyó la puerta de la calle cerrarse. Sin duda, su madre había llegado, de modo que cerró la bolsa tan aprisa como pudo, buscó a su padre, apoyado en la tumbona, escondió la bolsa bajo las blancas y colocó encima el saco de arena destinada a las plantas. Antes de saludar a su madre se acercó a la baranda donde había comido la paloma. Y sí, suspiró entre dientes, estaba limpio. Entreabrió la boca sorprendido. Desde luego, los brazos de su padre parecían, mientras los alzaba y agitaba sin dirección, las ramas de un árbol crecido sobre las estériles semillas del histrionismo, y mientras llamaba a su mujer, desde el umbral de la puerta que daba al comedor y decidido a mostrarle los discos colgantes, Andrés se acercó a ella y la besó en las mejillas. Eso, disimula, se dijo mirando de

reajo al árbol crecido e interponiéndose entre Elvira y las vistas al exterior, ocultando su parte en el asunto mediante un abrazo sentido a su madre, y agradecido a su padre, con sonrisa más amplia de lo conveniente, delatora, por su capacidad de atraer para sí las responsabilidades en los momentos familiares más espinosos. Pero el exceso de entusiasmo y los apretones de hombro entre ellos debió recordar a Elvira el negocio de souvenirs que Julio ideó al jubilarse, tapadera formidable para almacenar libremente toda clase de artilugios en la vitrina, a propósito instalada en una habitación que más tarde delimitaría sus dominios. La imagen de los dos ordenando la vitrina con las informes figuras halladas entre los residuos, en la fábrica de plásticos, sin duda, debió alertarla. Estaba sobradamente familiarizada con los gestos que acompañaban la culpa que padre e hijo intentaban repartirse sin acierto. Miró hacia la cornisa, y cuando vio los discos colgantes dio media vuelta, sin mediar palabra, y fue al comedor seguida por su marido.

Andrés, todavía en el balcón, escuchó una breve discusión, demasiado breve, murmuró. Entró en el comedor, pero no vio a sus padres ni luz que iluminara la estancia. Sintió el frescor que la persiana bajada, los listones apiñados como un bosque sembrado de pinos, proporcionaba a la sala. Las llaves que su madre lanzó sobre la mesa se enredaban entre el ganchillo del tapete. Las desprendió, compuso el centro y arregló el florero. Debería explicarle que volveré en dos semanas a instalarle el ahuyentador, pensó, pero la situación le superaba. Ella se empeñaría en mostrarse enfadada, casi tanto como su padre fingiría que no pasaba nada. Deseoso de marcharse, en un intento por disimularlo y decidido a no empeorar la situación, se acercó al tocadiscos, junto a la estantería, pulsó el interruptor y colocó la aguja de modo que sonara. Es la historia de un amor como no. No. No era buena idea. Si sus padres no estaban para discos compactos tampoco estarían para vinilos, y él menos todavía. Apagó el tocadiscos sintiendo cierta ira o desasosiego, no estaba seguro, por el zarandeo del pasado. Es la

historia de un amor, repitió en su mente al tiempo que sentía un calor negro en las mejillas. Cómo pudo imaginar, sin embargo, que ése era el disco que sonaría, cómo pudo haber previsto, cuando Marta decidió comprarlo y regalarlo a sus padres, para las bodas de plata, que apenas unos meses más tarde acordarían los detalles de la separación. Sí, demasiado atrás quedaban aquellos años como para detenerse en ello ahora, aunque no tanto los días de su divorcio. Él estaba bien, Marta estaba bien, eran felices. Suficiente. De haberle explicado a su padre, después de escuchar la canción, sus esfuerzos por regularse a la temperatura de la realidad presente, le hubiera hablado de la fuerza de ánimo con la que empujaba el segundo milenio, una fuerza incontenible que lo había cambiado todo, una explicación como cualquier otra para evadir cuestiones sentimentales que le afectaban a él, sin la menor duda, pero qué otra cosa podría decirle. Le constaba que, desde muy niño, las discusiones entre sus padres habían sido frecuentes, incluso en las tardes de aparente calma, de paseos junto a mares

aterciopelados, supieron mantener el equilibrio sobre los aledaños espumosos de la discordia. Lo suyo con Marta, en cualquier caso, había sido diferente, solía repetirse llegado a este punto buscando la calma que requería abordar el asunto, ya que ellos ni siquiera discutían. Quién podía decir, sin miedo a equivocarse, que tomó la decisión correcta en lo referente a su relación. Tampoco su padre pudo hacerlo entonces y tal vez fuera ese el motivo por el que se cubrió con el sagrado lienzo del silencio cuando supo la noticia sobre un divorcio definitivo. Nunca lo sabría.

Miró el reloj y al tiempo que se acercaba a la habitación de Julio lo imaginó tras la puerta sentado frente a la máquina de escribir. Tengo que comprarle un ordenador, pensó. Es hora de modernizarlo.

Dos semanas más tarde, Andrés volvió de visita con el ahuyentador, con los pinchos desfigurándole el semblante. Se debatía entre subirlo con él o dejarlo en el coche hasta que su madre sacara el tema. Se decantó por lo primero, por la idea original. Las dudas, en cuanto al panorama que

encontraría, se disiparon en cuanto Elvira abrió la puerta y lo abrazó. Habían pasado dos semanas desde la última vez que se vieron.

Durante la comida, creyó extraño que su madre abordara la cuestión del ahuyentador en cierto tono irónico, pues era impropio de ella sacar a relucir temas escabrosos con el plato humeante aún sobre la mesa. La rodilla de Julio se había curado, de modo que las plumas y excrementos de palomas habían desaparecido del balcón. Cualquier mínima queja sobre la limpieza del terrazo sobraría. No obstante, nada más acabar el postre, con menos tregua de la esperada, padre e hijo subieron al terrado, con el ahuyentador de palomas uno y la caja de herramientas el otro, alentados por Elvira.

Su hijo se movía de un extremo a otro recorriendo la baranda con el espantapájaros en la mano mientras su marido permanecía apoyado a la espera de que Andrés empezará a instalarlo. Ella miraba desde la puerta que abría el terrado. Mejor que muera él primero, llegó a pensar

en otro tiempo, cuando temía que no pudiera arreglárselas sin ella, pero, ahora, a la edad de no saber qué resultaba más penoso, si mirar hacia atrás o hacia delante, los dos se necesitaban.

Elvira se acercó a Julio, le quitó el martillo de las manos y miró más allá de la baranda, al balcón.

—Nunca ha estado tan limpio como ahora.

S. Bonavida Ponce

Federico, Mijaíl y un amigo común

A través del tiempo, de los ecos que conforman las palabras, se reproducen situaciones similares en distintos continentes y épocas.

¿Cómo podrían quedar unidos, por los ecos de las palabras, un poeta español y un novelista ruso?

No tiene sentido esta introducción sin saber el tema del que tratamos.

*
**

Federico García Lorca, uno de los mejores poetas españoles, escribió en 1920 unos versos acerca de su amigo Satanás, un ser que nos ha visitado a todos en algún momento. El diablo es noble con sus conocidos, a pesar de sus muchas excentricidades y que, siempre se espera de él, cumpla su palabra, más no debe el incauto contraer deuda alguna con

semejante *amigo*, se cobrará muy cara la deuda si no se paga a tiempo, ya sabemos todos a que me refiero.

Nos pondremos en situación con la poesía del poeta español Federico.

Cita de *Prólogo* (Federico García Lorca),
24 de julio de 1920:

«Además, Satanás me quiere mucho,
fue compañero mío
en un examen de
lujuria, y el pícaro buscará a **Margarita**
me lo tiene ofrecido.
Margarita **morena**,
sobre un fondo de viejos olivos,
con dos **trenzas** de **noche**
de estío,
para que yo desgarre
sus muslos limpios».

En 1920, este amigo común y Federico, trasnochaban juntos, pero mi asombro viene, no al descubrir la cantidad innumerable de amigos comunes atesorados por Satanás, sino los versos que susurró a Federico; palabras sobre él, Satanás, y la

misteriosa Margarita, una beldad morena de trenzas de noche.

¿El diablo y Margarita? El asombro, revisitando mis propias incursiones lectoras con nuestro amigo común, me condujo hasta la lejana Rusia, país de almas escépticas en la galería diurna pero de poderosas inclinaciones teológicas en la onírica pasarela nocturna, el viaje concluyó en un autor maldito, maldito por ser demasiado brillante y, maldito, por ser demasiado ingenuo, me refiero a...

Mijaíl Bulgákov. El escritor ruso comenzó, en 1928, la escritura de una grandiosa obra de la literatura, *El maestro y Margarita*, el libro, auspiciado sin duda alguna por los susurros incesantes de Satanás, su mejor lector, incluye a nuestro amigo común como personaje de la trama, quien se presenta en Moscú donde realiza un sinfín de fechorías y, en ese camino de perversión, trastoca la vida a un grupo de personas.

¿De dónde sale mi asombro? ¿A dónde nos conduce esta cháchara? Señalo algunas pistas que se remueven inquietas en mi cabeza.

Federico García Lorca Prólogo. Poesía. Margarita y Satanás. ¡España!	Mijaíl Bulgákov El profesor y Margarita. Narrativa. Margarita y Satanás. ¡Rusia!
--	--

Y, tal novela de misterio, nuestro amigo común, el soterrado Satanás rey de todos los infiernos, se nos descubre como el nexo común entre ambos textos además de la bella dama.

¿Casualidad? Mi asombro no sería tal, una simple coincidencia metafórica y de personajes, después de todo la flor de la margarita puede simbolizar la virginidad, la pureza, denostando a la celeberrima rosa, ya demasiado gastada por muchos versos y, en consecuencia, ambos genios, Federico García y Mijaíl Bulgákov, usaron la margarita en detrimento de la otra, pero no, mi desconcierto aumenta, pues no nace de la

etimología poética de la evocada Margarita, es su descripción física, imorena y con trenzas de noche!, es esa descripción la que sacude con fuerza algunos recuerdos en mi frágil y escurridiza memoria, recuperar sin éxito aquello que se le escapa a uno. Acudo, en mi intento de salvación, al otro demonio, San Google, él me dirá lo que busco.

Cita de *El maestro y Margarita* (Mijaíl Bulgákov):

«Era inteligente y hermosa y aún añadiríamos algo más [...] **Margarita Nikoláyevna** era una mujer de treinta años

[...] La Margarita de treinta años veía reflejada en el espejo a una mujer **morena**, de unos veinte años, con el pelo ondulado.

[...] A la **luz de la luna** su cabello era blanco, formando en la nuca una **trenza** que flotaba en el aire».

¿iMargarita morena con trenzas de noche a la luz de la luna!?

Demasiada casualidad para tan poco lector. Si existe alguien, con mayor entendimiento, alguien que pueda esclarecer

luz sobre el asunto, bienvenido será a este lugar.

Amigo común, ¿dejarás, en algún momento, de susurrarnos tus excentricidades al oído? ¿Dejarás de reírte de tus esclavos? ¿De plagiar y repetir la misma tonadilla en unos y otros?

Aunque seguiré pensando que los caminos de Satanás son inescrutables, ciertamente Satanás, debemos rendirte homenaje por unir a sendos artistas en estos ecos de metaficción.

Debo advertir (*el yo escritor*) que quizá resida una mentirosa palabrería en todas estas afirmaciones, o tal vez sean mentirijillas fruto de los susurros de nuestro amigo común.

Lo sé todo. (susurra...)

La anterior frase, atribuida con entereza al señor Satanás rey de todos los infiernos, cae en mis oídos igual que se desliza, después de leerla, en vuestros ojos. Del resto de temas, casualidades, plagios, mezquindades y lecturas prohibidas... mejor las dicte el diablo en otro momento.

93% imaginación
7% realidad
Pero es ese 7%
lo que realmente importa

Verónica Bolaños

Monólogo de una paloma gris

Se ha sentado en la máquina a coser. Pedalea. Pedalea con suavidad. Su mirada permanece fija mirando la aguja y el hilo, mientras va quedando bordado en la falda roja, que cortó ayer con la tijera. Antes de bañarse, calentó un poco de agua para mezclarla con la que había en el balde, donde flotaban algunas hojas de limón. Bajó la olla ennegrecida del fogón, sosteniéndola con un embrollo de trapos y medias rotas —que servían para limpiar cualquier superficie, enjabonar los calderos o brillar los zapatos—. Vació el agua humeante en el balde que estaba bajo el limonero. Metió el brazo para menearla y asegurarse que quedaba a la temperatura deseada. Agarró el balde por el asa y fue hasta el cuarto de baño. Pude ver, cómo se liberaba de la ropa: primero, se quitó la falda y la colgó en un clavo detrás de la puerta verde, después, se sacó la blusa sudada por la cabeza, se

quitó el sostén amarillento y quedó en calzones de algodón. Cuando el agua recorre su cuerpo, se le eriza la piel y da saltos espasmódicos en la misma baldosa agrietada. Yo, la observo. Me gusta curiosear. La puerta está rota por la parte inferior, asomo el pico y fijo mis ojos pequeños en su cuerpo, en su desnudez, en su más íntima desnudez. Siento su olor a mujer reservada y precavida, tímida, reteniendo dentro de sí, suspiros acumulados de juventud, algún placer incapaz de exhibirse. En su compungido cuerpo contiene con reserva un deseo desenfrenado, el placer solitario, retiene en sus carnes los orgasmos apilados y necesita escupirlos... Los escupe, veo cómo los escupe y los arrastra el agua, bajan convertidos en una sustancia gelatinosa por el tragadero. Cuando se sintió emancipada, se fue al cuarto. Secó su cuerpo redondo y macizo con la toalla blanca. Respiró, exhaló y respiró otra vez. Apeó la falda roja. Introdujo las piernas y le quedó atrancada en las caderas. Se miró en el espejo y dio varios saltos. Su imagen quedó sofocada y

su mirada con enojo. Agarró la tijera y cortó la falda.

Ahora, mira la aguja y el hilo y la vuelve a coser. Mejor, me voy. Sí, mejor me voy al techo, a que me refresque el aire.

EVÉNTRIDOS

9-Marzo-2019

Esperando a Bukowsky.
El Tinta Roja Espai d'art

24-Marzo-2019

Centre de cultura Contemporanea

CCCB Centre de Cultura
Contemporània
de Barcelona

[VISITA](#) ▾ [EXPOSICIONES](#) [ACTIVIDADES](#) [MULTIMEDIA](#) ▾ [EL CCCB](#) ▾

[CCCB](#) / [Actividades](#)

[Kosmopolis](#)

Kosmopolis 2019

X Fiesta de la Literatura Amplificada

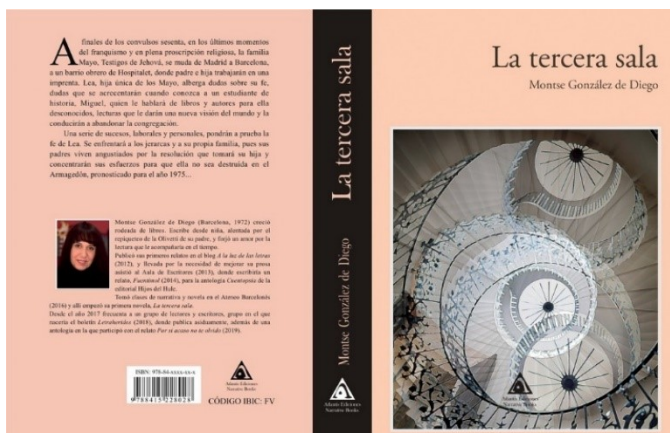
20 - 24 marzo 2019



I ♥ literature

12-Abril-2019

Presentación: «La tercera sala»
Espai Veïnal, Calabria 66.
Montse González de Diego



Libro físico

<https://www.edicionesatlantis.com/libro/la-tercera-sala/>

Libro electrónico

<https://amzn.to/2GSk7wP>

19-Abril-2019

Presentación: «Palo de Guayaba »
Verónica Bolaños



<https://editorialcircularojo.com/autores/veronica-patricia-bolanos/>



23-Abril-2019

«SANT JORDI 2019» Grupo #Letraheridos



Presentación: «**Antología Letraherida**»

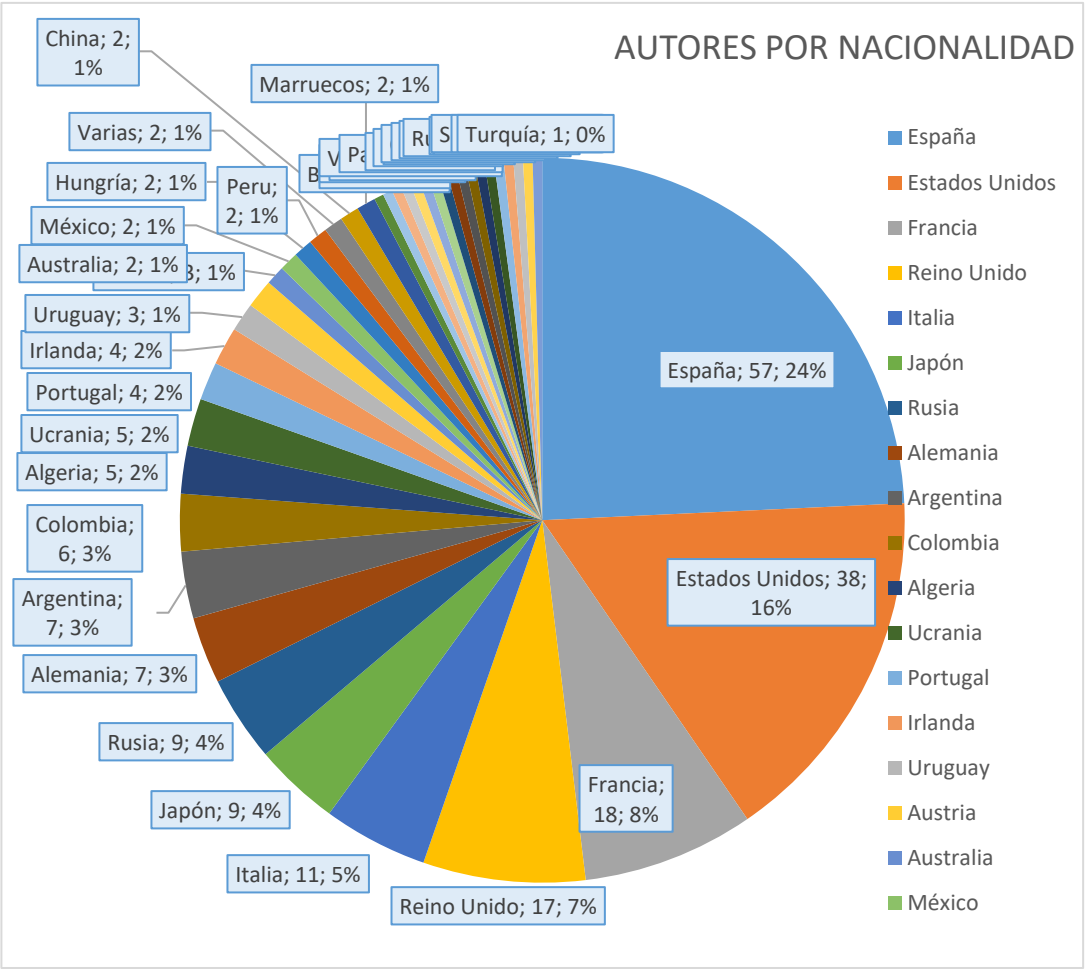


Libro físico y electrónico:
<https://amzn.to/2J6Dd3J>

ESTADÍSTICAS DE LAS LECTURAS

Rango de datos:
13-10-2018 a 30-04-2019

Autores por nacionalidad



Libros recomendados por década

LIBROS POR DECADA DE PUBLICACIÓN



Recomendaciones por sesión





LETRINUARÁ...